



**EDUCAR EL CORAZÓN
PARA UNA NUEVA
CIUDADANÍA DE LA
MISERICORDIA**

**PLAN PASTORAL SAMARITANO
ARCIPRESTAZGO SAN JUAN EUDES
PROYECTO DE FORMACIÓN PARA
CATEQUISTAS
ABRIL 25 AL 30 DE 2016**

**MÓDULO 2 “La
condición Sufriente”**

**PLAN PASTORAL SAMARITANO
ARCIPRESTAZGO SAN JUAN EUDES
CURSO DE FORMACIÓN DE CATEQUISTAS**

RESPONSABLES:

Pbro. Alberto Camargo Cortés

Licenciada Aura Rosa Pérez G.

SEGUNDO ENCUENTRO: LA CONDICIÓN SUFRIENTE

Mirada Pastoral

En nuestro tema anterior hemos intentado abordar el sentir-pensar como propio de nuestro cuerpo todo. Hemos constatado que el sólo pensar desde la racionalidad, sin el sentir, nos ha llevado a un vacío de nuestro cuerpo, a una ausencia de cuerpo personal, concreto, hablante, histórico. Esta ausencia no nos ha permitido sentir hondamente el sufrimiento personal y social que la guerra en que nos hemos sumido nos ha causado.

Estamos ausentes de una simpatía (sentir-con) con los sufrientes, que en su coherencia, tendría que traducirse en una empatía (sentir-en, dentro de). Esto entendido como un caminar con su realidad, un estar al lado de su dolor, nunca suplantando ese dolor, sino actuando para que deje de serlo.

Pero en nuestra realidad cargamos con este vacío. Está por construirse entre nosotros una corporalidad social, es decir, la inclusión en el sentir social de la presencia corporal personal de los sufrientes.

Eso fue lo que hizo Jesús, al enfrentar las situaciones de inhumanidad que vivían los que tenía sus cuerpos afectados por su enfermedad excluyente. En el caso de los leprosos era claro: estaban socialmente excluidos y, además, declarados religiosamente impuros.

Jesús actuaba ante esta ausencia de dignidad en el cuerpo, atacando el mal causante de todo: se negaba a aceptar la impureza ritual y la marginalidad social que implicaba tener la afección fisiológica de la lepra.

Este tipo de inclusión social buscada por Jesús, esta corporalidad social, es lo que causaba controversia con los controladores de las líneas divisorias de la sociedad. Es una subversión del “normal” funcionamiento de la sociedad. Estos

hechos anunciadores del Reino apuntan a la transformación del orden social, interpretando el orden físico.

“Jesús cura a los leprosos acogéndolos en la comunidad de los marginados y privados de sus derechos, esto es, el Reino de Dios. Aquí está la causa del conflicto con los sacerdotes del templo y con los sinagogales”.¹

Este es el verdadero cuerpo social urbano sanado por Jesús. Lo hace actuando sobre el mal, como decía el cardenal Martini: “cargando el mal sobre sí”. El Reino tiene cuerpo, es palpable, es transformador. Pero esto sólo es posible, sin colmamos con su Buena Noticia el vacío de corporalidad que padecemos.

Para colmar este vacío de persona, de humanidad, es necesario fundar un aprendizaje humanizante. Sentirnos como cuerpo es sentirnos entrañablemente.

Este aprendizaje se inicia sintiéndonos en la piel. No se trata tan sólo del nivel cognoscitivo de la sensibilidad (sentido de la vista, del olfato, del oído...).

Hablamos de una sensibilidad que ahonda el “sentir” dolor o gozo, hambre o satisfacción, frío.... “nuestra subjetividad es afectada en su intimidad más profunda cuando algo lacera nuestra piel, cuando nuestra carnalidad es herida o atacada en su constitución real por algún traumatismo exterior. Nos referimos a la “sensibilidad” como la resonancia, el impacto en nuestra capacidad de “contento”, de padecimiento, de alegría o de tristeza. Y que produce una reacción que organiza y moviliza nuestras facultades en función de ello”².

Esta misma sensibilidad vivida en la piel de los otros, es lo que inaugura la asunción de su cuerpo. Y en este puente tan sencillo entre lo mío y lo de los otros, en conexión honda, comienza a constituirse el cuerpo social. La continuidad del proceso descarta una “caridad momentánea”, desarrollando un “sentir” de indignación ética, por el grado de conciencia que se empieza a tomar frente a los hechos deshumanizantes.

Es aquí donde empezamos a sentir que el hambre, la desnudez, la laceración de su cuerpo, su enfermedad, su dolor, son fruto de una agresión, de un despojo

¹ CROSSAN, JohnDominic. *Jesús Biografía Revolucionaria*. <http://laicos.antropo.es/biblia-y-libros/Crossan.JohnDominic.Jesus-biografia-revolucionaria.pdf> P. 91

² PÉREZ AGUIRRE, Luis. *La Opción Entrañable*. Paulinas, 2001. P. 19

del derecho y de la dignidad e integridad de la vida de los otros. Definimos entonces, que todos estos males son fruto de la maldad, del pecado que desposeyó al otro de su comida, bebida, casa, vestido, salud...

De esto nos habla su cuerpo, su carnalidad, que es buena, ante esta hambre, sed, desnudez, falta de vivienda, frío... que son malos. Y el fondo de la sensibilidad nos está diciendo que no son “sólo” un mal físico, al que por supuesto hay que atender (pero no quedándonos ahí), sino que son un mal ético, político, comunitario. Son un mal fruto del pecado de la injusticia. Un mal, cuyas raíces hay que combatir.

Nuestro problema es que nos hemos quedado en el nivel de asistencia, generando un conformismo nocivo. Nos ha faltado el sentir con todo el cuerpo. Nos ha faltado el pensar con la sensibilidad.

Y la ética de este profundo sentir es expresado bíblicamente como Hesed, lugar donde se gesta la vida sentida y con-sentida. De esta expresión hebrea también, se derivarán para esculpir todavía más hondo todos estos sentidos, las expresiones misericordia y compasión: caminar junto al pobre-sufriente, sentir en las entrañas su grito sufriente.

Por esto, Os 6,6 hablará de “misericordia quiero, no sacrificios”; Lc 6,36 nos exigirá “sean misericordiosos como el Padre es misericordioso”; y el mismo Lucas mostrará en la que es parábola insigne de nuestro Plan Pastoral, “un samaritano que iba de camino, lo vio y sintió compasión” (Lc 10,33).

Jesús de Nazaret, para ahondar en esta experiencia, puso su mirada sobre el sufriente y su sufrimiento, antes que sobre su pecado. También lo podemos decir de otra manera: miró al “pecador” antes que a su pecado.

Desde estas perspectivas, es que podemos ir elaborando un sentir-pensar el sufrimiento, la persona de los sufrientes y comenzar a cuestionarnos en la praxis de la inclusión para la construcción de una urgente corporalidad social de estos sufrientes. Su dolor dejará de serlo, si hay esta nueva realidad histórica y humana-social que les acoge.

Sigamos la construcción...

MIRADA PEDAGÓGICA:

En el proceso de aprendizaje, la mediación tiene dos perspectivas. Una enfocada a lo relacionado con lo convivencial en miras de la resolución de conflictos, donde aparece el mediador como un “negociador” entre pares para crear acuerdos y otra, desde la formación académica, donde la mediación llega a ser una experiencia transformadora, acercando al sujeto al aprendizaje por medio de estrategias y herramientas que no solo abarquen la adquisición de contenidos, sino que le permitan potencializar sus capacidades y modificar sus estructuras cognitivas, así mismo ampliar su visión de mundo y sus actitudes frente a todo lo que le rodea.

Pero partamos de la realidad. Actualmente los espacios de formación se ven marcados por la pérdida de motivación de los estudiantes hacia los procesos de aprendizaje, resultado de la concepción del conocimiento como un producto para ser usado y desechado, como lo describe Bauman (2000) en su análisis de la modernidad líquida. Recuperar este sentido es entonces la meta diaria de los docentes y responsables de la formación, en donde la mediación pedagógica debe interpelar de alguna manera al estudiante, a contribuir indiscutiblemente a su transformación individual y social.

Esta realidad, como se decía en el encuentro anterior, se extiende a todos los espacios de formación de los niños niñas y adolescentes haciendo un llamado urgente hacia la búsqueda de un aprendizaje significativo, de cara al momento que se vive. La intervención de espaldas al proceso de deshumanización, está sometiendo a las nuevas generaciones, en donde las relaciones están marcadas por la instrumentalización del individuo. Por tanto, los procesos de aprendizaje deben posibilitar la afinación de sentidos y sentires, no solamente la acumulación de conocimientos. Sentidos y sentires que de una u otra manera lleven al estudiante a hacer lectura crítica y que les dé la posibilidad de encontrarse con el otro que está ahí en el aula, pero también con el que está

fuera, encontrarse con lo otro o sea el mundo de la vida, y ubicarse en un contexto sociopolítico y económico con unas características que han hecho que el estudiante afronte diferentes problemáticas.

La experiencia de vida de los sujetos es un elemento fundamental para garantizar el aprendizaje y es difícil abordarlo, en la medida en que el ser humano es muchas veces destruido por su historia. La concepción que se tiene de sí mismo es una concepción de destrucción y el proceso de discernimiento y reflexión debe realizarse con miras a la comprensión de que somos consecuencia de lo vivido, pero igualmente seremos consecuencia de lo que a futuro podamos hacer. Lo vivido o nos destruye o nos posibilita construirnos. Lejos de ser un ejercicio psicológico o sociológico, la intervención pedagógica debería llevar a construir estructuras de pensamiento humanizado, entendido como una posibilidad íntegra de desarrollo de nuestras dimensiones, sin pretender aleccionar o adoctrinar en los posicionamientos del docente, pero sí como lo plantea la pedagogía crítica, en busca de una construcción conjunta de sentidos, con la ayuda de las mediaciones pedagógicas.

Esta construcción de líneas de pensamiento pueden lograrse a través de la lectura y análisis a través de los espacios dialógicos en donde la realidad se reflexiona y se transforma. Al compartir con otros, se da una construcción conjunta de significación que lleva a la profundización de lo aprendido, generando procesos críticos que evidencian cómo la realidad se nos ha vuelto cotidiana, sumiéndonos en un estado de aletargamiento y perplejidad. Estamos instalados en una realidad donde las relaciones fraccionadas nos impiden ver a los otros. Esta desconexión, que igualmente desconecta el pensamiento porque no tengo que pensar en qué le pasa a ese otro, ha llevado a un entumecimiento imposibilitándonos problematización de los acontecimientos de nuestra sociedad. El planteamiento de hechos y experiencias que desde lo cotidiano, pasan desapercibidos, potencializa acciones que configuran la construcción de mundos posibles, la toma de conciencia de lo que es ser- juntos en lo espacio de lo humano, marcado por las diferentes violencias y una lógica que lleva

más a la fracción que a la construcción; pero también ese otro modo de ser-juntos en donde se posibilite la visibilidad de aquello que a pesar de su invisibilidad hace ruido.

El trabajo pedagógico tiene que transformar esas dos maneras de ser-juntos marcando principios de apertura y es solamente a través del encuentro del diálogo, del reconocimiento del otro, donde pueden darse. Tarea difícil porque no existe un libreto escrito para determinar una buena práctica, pero sí está claro que el trabajo pedagógico no debe olvidar que implica seres humanos, diversos, con fortalezas y flaquezas; pero sobre todo producto de su historia, como se decía anteriormente, que a veces puede estar marcada por una condición de aplastamiento. En este sentido, retomando las reflexiones del papel como mediadores entre el mundo y las personas que están en formación, nos queda claro que el trabajo que hacemos nos expone constantemente a la naturaleza de nuestros estudiantes. Esto nos compromete profundamente a la atención de las condiciones humanas que los destruyen y sobre la manera de revertirlas en el fortalecimiento de sus disposiciones de resiliencia, cruciales en la constante lectura de lo que acontece en las diversas aproximaciones de la experiencia pedagógica. Desde la pedagogía crítica, la importancia de la mediación está en la contención que se pueda hacer a los estudiantes en los momentos de crisis, pero que nos obliga a la construcción de ambientes democráticos, participativos, que posibiliten la búsqueda de su autonomía, en procesos que puedan llevarlo a la emancipación de las condiciones aplastantes.

Ninguna experiencia pedagógica puede dejar de lado la experiencia humana, la visibilización de los otros necesariamente nos hace sensibles hacia sus problemáticas, la sensibilidad con que se trate el conocimiento y se aborde lo humano y sus realidades de destrucción, nos sensibiliza y solidariza hacia lo otro, que es el mundo y viceversa. La experiencia en la relación yo- el otro- el mundo, abre posibilidades de comprensión en la medida en que se construye la significación a través de la apertura hacia lo afectivo, condición para que se el aprendizaje. La proyección que hacemos del yo en ese otro, nos lleva a

tomar conciencia de nuestra diferencia, de nuestra propia manera pensar y actuar, de la forma en que nos asomamos a lo nuevo y la forma en que nos relacionamos. Esta es tal vez la riqueza del descubrimiento de la relación de alteridad: no puedo sentirme bien en ausencia del bienestar de los demás. Es así que el espacio de lo común, esa construcción que nos posibilita el proceso pedagógico, recuperamos lo que ha sido olvidado. Es el espacio público de lo político, esa construcción de igualdad.

TEXTOS PARA AMPLIAR LA REFLEXIÓN

Videos para la reflexión

<https://www.youtube.com/watch?v=q-fyjVLoG-s>

<https://www.youtube.com/watch?v=rooxScQpZrQ>

Textos de referencia

SAVATER, Fernando. *Ética de Urgencia*. Editorial Planeta. Barcelona, 2012

NUSSBAUM, Martha. *Sin fines de Lucro*. Katz Editores. Buenos Aires, 2010.

CAMARGO, Alberto (Compilador). *Hacia la Ciudad de la Misericordia*. Bogotá, 2015

MIRADA CONJUNTA: CONSTRUYENDO EL CAMINO